El hombre de las arañas

Roger D. Aycock

Obra original : ***The man who had spiders,*****Roger D. Aycock, 1955**

Traducción independiente por Fernando Guzmán 2025

CC BY 4.0

El hombre ellas arañas

Con demasiada modestia, creemos, Roger Dee ha intentado sacudirse su indudable parentesco con Saki —ese maestro supremo de la fantasía caprichosa— en esta excursión exuberante y sobrecogedora hacia un reino tan oscuramente misterioso como irresistiblemente encantador.
Las arañas de Adrián quizá te hagan estremecer la piel. Pero predecimos que te agradará Adrián mismo tanto como al señor Marcus, y que te alegrarás de su triunfo.

Probablemente exista más de una manera de curar una trágica adicción al alcohol. Pero el método de Adrián fue tan escalofriante como ver a Medusa sonriendo.

Cuando el Sr. Marcus —quien durante cuarenta años había vendido artículos de novedad a tiendas de curiosidades y, por lo tanto, había perdido la capacidad de asombro ante la imprevisibilidad humana— regresó a Maysville en el tren de las 8:04 para su semana habitual de ventas en abril, se dirigió de inmediato a la casa de huéspedes de la Sra. Ponder y encontró a Kitty tocando a Delibes en el piano de la sala.

Era casi como volver a casa, pensó el Sr. Marcus con una inusual punzada de nostalgia. Se detuvo un momento en el umbral, con su maleta, el maletín de muestras y su inevitable paquete de libros en la mano, para escuchar.

"Tierna" era la palabra adecuada para describir a Kitty, con su toque fresco y seguro sobre el tema de Delibes, sus claros ojos ciegos y su recogido cabello rubio que apenas rozaba sus hombros. Y desperdiciada, pensó el Sr. Marcus, con toda su belleza y talento relegados a la oscuridad en la lúgubre distinción del hogar de su madre.

Si él fuera treinta años más joven...

El Sr. Marcus cortó el pensamiento de tajo. "Si fueras treinta años más joven, Marcus", se dijo con seco cinismo, "viajarías y venderías novedades. Tal como hiciste hace treinta años". Kitty sintió su presencia con la agudeza casi táctil de los ciegos y dejó que el tema de Delibes se desvaneciera en un tintineo aleatorio.

—Solo soy yo, señorita Kitty —dijo el Sr. Marcus—. El viejo que vende puros cargados a los idiotas.

Ella giró en el banco del piano, complacida por su llegada, aunque algo decepcionada. —Oh, Sr. Marcus. Al principio pensé que era Adrian.

—¿Adrian?

Ella se rió, un sonido tan ligero y claro como la música desaparecida. —Adrian Hall, nuestro nuevo huésped. Solo lleva una semana con nosotros.

"Una semana". Siete días, pensó el Sr. Marcus, ¿y su rostro podía iluminarse así ante el sonido de sus pasos?

Cuando Kitty sonreía, resultaba imposible pensar que sus ojos no podían verlo. —Está pensando que mi interés es inusual, y tiene toda la razón. Pero Adrian es un hombre inusual, Sr. Marcus.

—Seguro que lo es —dijo el Sr. Marcus con cautela—. Tendré que conocerlo.

La perspectiva le agradó. —Usted siempre fue amable conmigo y con Jay Kirby porque yo soy ciega y Jay tiene ataques, pero nunca se fijó en nadie más. Se fijará en Adrian. Le caerá bien.

—Seguro que sí —dijo el Sr. Marcus. El entusiasmo de ella lo hacía sentir viejo, cansado y, de algún modo, resentido. Los libros y las maletas se volvieron pesados en sus manos—. Iba subiendo a ver si mi habitación...

El rostro de Kitty se iluminó. —Por favor, espere —suplicó—. Oigo que Adrian baja ahora. Vamos a salir a dar un paseo, pero me gustaría que lo conociera primero.

El nuevo huésped tenía quizás treinta años, apenas mayor que Kitty, y lucía totalmente común. Al estrecharle la mano, el Sr. Marcus rebuscó en los archivos secos de su memoria y los agotó sin encontrar un rostro o una figura más ordinaria. "Moderadamente alto", catalogó: "constitución media, rostro anodino, cabello neutro, buena dentadura y ojos azules suaves". La única distinción del hombre parecía ser un lunar negro y redondo en el lado izquierdo del cuello, medio oculto por el cuello de la camisa. Cortésmente, el Sr. Marcus no lo miró dos veces.

Le sorprendió bastante descubrir que Kitty tenía razón. Adrian Hall le cayó bien, a primera vista y sin reservas.

El Sr. Marcus nunca estuvo muy seguro de qué se dijo mientras se daban la mano. Estaba demasiado absorto tratando de justificar tal estima inusual como para hacer algo más que asentir cuando Adrian se disculpó para sostener el abrigo ligero de Kitty. Sin embargo, conservó una impresión extraña cuando ambos salieron: que el lunar del nuevo huésped se había desplazado del costado a la nuca y lo estaba observando con un aire de amable curiosidad.

La convicción dejó al Sr. Marcus más irritado que perturbado. "Tendré que ir al oculista y que me cambien los cristales de nuevo", se dijo resignado, mientras subía las escaleras hacia su habitación.

Jay Kirby lo esperaba allí, agazapado contra la pared del fondo como un cachorro temeroso que se esconde de la jauría adulta. Ningún otro huésped en la casa de la Sra. Ponder se habría atrevido a violar la privacidad del Sr. Marcus, pero Jay disfrutaba del privilegio de su discapacidad y lo ejercía. El Sr. Marcus suspiró al ver que Jay estaba sufriendo, o acababa de sufrir, otro de sus ataques periódicos. Su cabello color maíz estaba totalmente despeinado, sus ojos azules se habían vuelto dos tonos más oscuros por la tensión y había una gran mancha de suciedad en una mejilla sudorosa.

Jay estaba demasiado alterado para molestarse en saludar. —Tiene que hacer algo con ese Adrian Hall —soltó de golpe—. Sr. Marcus, tiene arañas.

El Sr. Marcus encontró la propuesta tan repelente como improbable. Aun así, el giro de la última fantasía de Jay lo intrigó. "Arañas grandes o pequeñas", se preguntó, "grises o negras, venenosas o inofensivas, enjauladas o...".

—¿Arañas? —Dejó sus libros y maletas sobre la cama—. ¿En su habitación, quieres decir?

Jay lo negó violentamente. —En él.

El Sr. Marcus se preguntó con cierta amargura si las naciones superarían alguna vez su inclinación por las guerras de conveniencia que dejaban a los hombres destrozados como Jay Kirby. De haberlo dejado en paz, Jay habría sido un joven agradable y un músico de primer nivel, pero con el espíritu mutilado y temblando como el de un niño asustado al borde de una pesadilla...

El Sr. Marcus abrió su maleta. —Te traje un disco, Jay, algo recién salido. Un *stomp* de Nueva Orleans, dijo el de la tienda, con un saxofón alto que...

Jay cruzó la habitación y lo agarró del brazo, alzándose sobre él. —No se me fue la cabeza esta vez, Sr. Marcus, de verdad. Realmente vi esto. El tipo estaba desnudo y estaba cubierto de arañas.

El Sr. Marcus sintió un escalofrío. Jay había sido internado dos veces antes de terminar en casa de la Sra. Ponder; si lo enviaban de nuevo, podría ser para siempre.

—Siéntate —dijo el Sr. Marcus. Él mismo se sentó en la única silla de la habitación—. Cuéntame, Jay, desde el principio.

Jay se sentó en la cama, se levantó y volvió a sentarse. —No pasaría nada si se las guardara para él solo —dijo—. No me importaría porque él me agrada. Es por la señorita Kitty que estoy preocupado.

—¿La señorita Kitty?

—A todo el mundo le gusta Adrian, Sr. Marcus, pero la señorita Kitty está enamorada de él. ¿Cómo se sentirá cuando descubra que tiene arañas?

El Sr. Marcus asintió con gravedad. —Puedo entender tu preocupación. Pero la señorita Kitty es ciega, Jay. ¿Cómo puede enterarse?

—Pensé que vería eso de inmediato —dijo Jay, decepcionado—. Lo sabrá cuando se casen, ¿no? Tendrá que saberlo.

El Sr. Marcus se permitió un pequeño escalofrío. Jay se había superado a sí mismo esta vez.

—Dijiste que viste esas arañas —le recordó—. ¿Dónde y cuándo?

Jay se levantó y caminó inquieto, cojeando. —Hace media hora, cuando Adrian subió a ducharse y vestirse para su cita con la señorita Kitty. Yo estaba en el tejado del porche, apretando una persiana suelta del baño que le había prometido arreglar a la Sra. Ponder, y...

—¿Lo espiaste, Jay? ¿En el baño?

—No fue mi intención —dijo Jay a la defensiva—. Pero no pude apartar la vista después de ver las arañas. ¿Usted podría? —Giró un rostro afligido hacia el Sr. Marcus—. Sr. Marcus, estaba todo cubierto de ellas hasta que se metió en la ducha. Entonces levantó una toalla y ellas saltaron sobre ella para no mojarse.

—Ya veo —dijo el Sr. Marcus—. ¿Y cuando salió?

—Se secó —dijo Jay—. Y ellas saltaron de nuevo a él. —Empezó a temblar con la violencia de un ataque inminente—. ¿Qué voy a hacer, Sr. Marcus? Me agrada Adrian, pero también me agrada la señorita Kitty. No puedo dejar que...

El Sr. Marcus se levantó apresuradamente y lo llevó a su habitación al final del pasillo. —No tendrás que hacer nada —prometió antes de dejar a Jay para que tuviera su crisis en privado—. Confía en mí, Jay. Yo me encargaré.

No fue hasta más tarde, cuando se acomodó en su propia habitación con un volumen de los relatos cortos, inhumanamente perfectos, de Saki, que recordó el lunar errante del nuevo huésped.

—No puede ocurrir fuera de la ficción —se aseguró a sí mismo—. Trucos de la vista, o bien el tipo tiene dos lunares.

Pero su vista era inquietantemente buena cuando, a la mañana siguiente, bajó a desayunar a las siete de y se encontró sentado junto a Adrian Hall. Adrian estaba vestido pulcramente para ir a trabajar. Era reportero de un periódico, según se supo, y estaba pensando seriamente en lanzar un semanario propio en Maysville... y era cada pizca tan agradable como lo había sido la noche anterior.

Sin embargo, no lucía tan común. Esta mañana, no tenía lunares en absoluto.

Cuarenta años vendiendo artículos de novedad y leyendo libros no habían preparado al Sr. Marcus para el papel de detective que se le imponía, pero le habían hecho tener cierta astucia. Entre las visitas de inventario a las tiendas locales durante el día, hizo indagaciones discretas y, al anochecer, había reunido un conjunto considerable de hechos y opiniones.

La opinión era invariablemente entusiasta. Nunca, pensó el Sr. Marcus, un hombre había sido tan instantánea y universalmente querido en un pueblo tan pequeño y aislado como Maysville. Adrian Hall podría haber pedido dinero prestado a cualquier banco, haber obtenido cualquier trabajo o haberse casado con cualquier chica de la comunidad.

Qué era lo que hacía a un hombre tan sencillo tan cautivador, el Sr. Marcus no podía imaginarlo. Solo estaba seguro de que el nuevo huésped de la Sra. Ponder le agradaba más de lo que jamás le había agradado nadie en su vida, y de que se sentía no solo incómodo, sino francamente culpable por espiar sus asuntos personales.

Los hechos reales fueron más difíciles de obtener. Adrian Hall venía de Kansas City, a unas doscientas millas de distancia. Era un buen periodista y a Gus Willis, que dirigía el *Maysville Bugler,* le había caído lo suficientemente bien —como a todo el mundo— para contratarlo al momento. Era sobrio, industrioso, eficiente y considerado.

Nadie más que Jay Kirby y el Sr. Marcus parecía sospechar que albergaba arañas bajo su camisa. Y el Sr. Marcus, al regresar de su primer día de ventas e indagaciones y encontrar a Adrian cantando *"The Rose of Tralee"* con Kitty al piano, encontró difícil de creer aquella idea repelente.

Hasta que, de nuevo en la cena, se le ocurrió levantar la vista rápidamente de su plato y descubrió que el esquivo lunar del nuevo huésped había regresado. El Sr. Marcus parpadeó y —esta vez estaba muy seguro— el lunar le devolvió el parpadeo con simpatía.

La convicción lo desconcertó tanto que cerró los ojos para defender su compostura. Cuando los volvió a abrir, el lunar se había ido, junto con el apetito del Sr. Marcus.

El Sr. Marcus se disculpó de la mesa y subió a su habitación. Como esperaba, Jay Kirby lo estaba esperando de nuevo.

—¿Se lo dijo? —preguntó Jay. El Sr. Marcus parpadeó, recordó el lunar que acababa de parpadearle y se estremeció.

—¿Decir qué a quién?

—A Adrian —dijo Jay—. ¿Aún no le ha dicho que se largue? ¿Cómo vamos a mantenerlo alejado de la señorita Kitty a menos que amenacemos con exponerlo?

—No podría hacer eso —dijo el Sr. Marcus—. Me agrada demasiado.

—A mí también —dijo Jay—. Maldito sea.

El Sr. Marcus repasó las posibilidades de nuevo y no encontró nada prometedor.

—Nadie nos creería aunque intentáramos exponerlo —concluyó—. Nosotros mismos no creeríamos en sus arañas si no las hubiéramos visto.

Jay empezó a sudar. —¿Qué vamos a hacer, Sr. Marcus? No podemos enfrentarnos a Adrian porque nos agrada demasiado, y no podemos decirle a la señorita Kitty qué es lo que le pasa. ¿Cómo vamos a evitar que se casen?

Era una pregunta formidable. El Sr. Marcus la evadió planteando una propia.

—¿Cómo sabes que se casarán, Jay? ¿Se ha hecho algún anuncio?

—Todavía no —dijo Jay—. Pero lo habrá.

El Sr. Marcus suspiró. —Entonces me temo que estamos estancados. Ojalá supiéramos más sobre él.

Se le ocurrió entonces una nueva vía de aproximación, pero Jay se anticipó a la inspiración. —Podría averiguar algo sobre él en Kansas City —dijo Jay—. Fue reportero allí una vez, ¿no?

El Sr. Marcus no podía dejar sus ventas —solo le quedaban dos días antes de tener que mudarse al sur, hacia St. Louis— e ir a Kansas City, pero podía proseguir su investigación por poderes. Providencialmente, tenía un amigo en la redacción del *Kansas City Star* que podría hacer el trabajo de campo por él.

—Parece nuestra última esperanza —dijo el Sr. Marcus—. Haré la llamada ahora.

Prefería no usar el teléfono de la casa debido a sus varias extensiones, y la cabina más cercana estaba en una esquina de la farmacia del barrio. El Sr. Marcus salió e hizo su llamada, recibió la promesa de su amigo de Kansas City de hacer lo que pudiera y regresó a la casa de huéspedes de la Sra. Ponder.

Se encontró con una pequeña fiesta en curso; una radiante Sra. Ponder y un puñado de sus huéspedes estaban reunidos en torno a Adrian Hall y Kitty. La limonada fluía libremente y prevalecía un aire de regocijo.

—Felicíteme, Sr. Marcus —exclamó Kitty—. Adrian y yo vamos a casarnos.

El Sr. Marcus los felicitó a ambos con la más profunda sinceridad. Su cuero cabelludo se erizó solo una vez durante sus buenos deseos, cuando uno de los —¿lunares?— de Adrian asomó por el cuello de su camisa, justo debajo de la nuez de Adán esta vez, y lo miró con complacencia.

—Dios los bendiga a ambos —terminó el Sr. Marcus, y huyó escaleras arriba.

Pero su habitación, por una vez, no fue un santuario. Por primera vez en su vida, sus libros no lograron sostenerlo y se sintió verdaderamente solo e impotente, atrapado indirectamente en exactamente el tipo

de embrollo emocional que había evitado tan religiosamente. Ni siquiera podía apoyarse en Jay Kirby en su extremidad; Jay había oído la noticia del compromiso de Kitty durante la breve ausencia del Sr. Marcus y se había quebrado bajo la tensión, sufriendo otro de sus ataques en su propia habitación.

Unos golpecitos de la Sra. Ponder sacaron al Sr. Marcus de su abatimiento, aunque brevemente. —Llamada telefónica para usted —dijo ella—. Desde Kansas City.

El Sr. Marcus, sabiendo que la Sra. Ponder escucharía a hurtadillas si usaba la extensión del pasillo superior, tomó la llamada abajo. Era su amigo del *Star.*

—Tengo la información que querías aquí mismo en la oficina —dijo su amigo alegremente—. Una pregunta aquí, una llamada allá, y asunto terminado.

Dio la información con dureza: —El tipo es un vago, Marcus. Lo han echado de todos los periódicos de la ciudad por beber; incluso Alcohólicos Anónimos terminó dándolo por perdido.

El Sr. Marcus no dijo nada. No había palabras para lo que sentía.

—Nunca fue violento —dijo su amigo—. Solo era uno de esos pobres infelices con un problema, un bebedor incontrolable. Mendigaba monedas y probablemente robó un poco en sus días malos, pero nunca atracó bancos. ¿Qué está haciendo por allá? ¿Más de lo mismo?

El Sr. Marcus recuperó la voz. —En absoluto. Debe de tratarse de un Adrian Hall totalmente distinto.

Pero no lo era. El Sr. Marcus lo descubrió cuando volvió a subir y encontró a Adrian esperándolo junto a la extensión del pasillo superior.

—Subí y me puse a escuchar —dijo Adrian—. Tenía la idea de que me estaba investigando, Sr. Marcus. Cuando la Sra. Ponder nos dijo que tenía una llamada de Kansas City, estuve seguro.

—Tuve que hacerlo —dijo el Sr. Marcus—. Una vez que Jay me habló de sus arañas, no tuve otra opción.

Adrian tomó al Sr. Marcus del brazo y lo llevó por el pasillo. El Sr. Marcus lo acompañó sin protestar, entumecido de incredulidad ante su propia compostura. "Es francamente aterrador", pensó, "encontrarme tan poco asustado".

La habitación de Adrian era muy parecida a la del propio Sr. Marcus, o a cualquier otra de la casa Ponder. Adrian sentó al Sr. Marcus en su única silla y él se sentó en la cama, y se midieron el uno al otro con ecuanimidad sobre la endeble superficie de la mesa de escribir de Adrian.

"En cualquier obra literaria decente", pensó el Sr. Marcus, "debe haber algún elemento de suspenso; en una ficción que llegara a una situación como esta, incluso de puro horror". Pero, de algún modo, ser arrastrado hasta la mismísima guarida del monstruo que se había propuesto eliminar no le produjo ni un ápice de inquietud. Se sentía compasivo más que temeroso, y Adrian Hall le agradaba más, si eso era posible, que nunca.

—Me alegra de verdad que me haya desenmascarado —dijo Adrian—. Necesito ayuda, Sr. Marcus. Necesito ayuda más de lo que la he necesitado en toda mi vida.

—Haré cualquier cosa que esté en mi mano —prometió el Sr. Marcus—. Pero me interesa por igual ayudar a Kitty, de lo contrario no me habría molestado en absoluto con su pasado... Su problema es que no puede conservar sus arañas y casarse con Kitty también, ¿no es cierto?

Adrian asintió. —No funcionaría. No porque Kitty pudiera ponerles objeciones, porque no lo haría —no son realmente ofensivas, y no es culpa suya que estén aquí—, sino porque una luna de miel sin privacidad no es una luna de miel en absoluto. Mis amigos son bastante inteligentes, por no decir inquisitivos, y conservarlos no sería justo ni para Kitty ni para mí.

—Podría deshacerse de ellos.

—Eso no sería justo para ellos —dijo Adrian—. Y puesto que yo soy responsable de que estén aquí, y ellos son responsables de mi reforma...

Se interrumpió disculpándose. —Sería mejor si se lo contara desde el principio, ¿verdad?

—Lo sería —asintió el Sr. Marcus, y se dispuso a escuchar.

—Primero —dijo Adrian—, lo que le dijo su amigo del *Star* es perfectamente cierto. Bebía, mendigaba monedas en la calle y dormía en las alcantarillas, no porque me gustara, sino porque no podía dejar de hacerlo, al igual que el pobre Jay Kirby no puede dejar de tener ataques. Hasta que recibí ayuda, claro.

»Solía tener temblores con regularidad, como cualquier otro alcohólico empedernido. El *delirium tremens* puede ser bastante horrible, ya sabe, y mi cruz personal era despertarme de una borrachera e imaginarme todo cubierto de arañas. Sucedió tantas veces que perdí la cuenta, y normalmente eso significaba varios días en una sala de hospital antes de recuperarme.

»Pero una mañana en particular me desperté con arañas que no se iban. Eran reales, aunque no eran arañas en absoluto, y eran cualquier cosa menos los horrores con los que había soñado. Eran criaturas tan increíblemente agradables —fueran lo que fueran, y son— que el solo hecho de estar asociado tan estrechamente con ellas me convirtió en un hombre nuevo de la noche a la mañana. Fui perfectamente feliz hasta que vine aquí y conocí a Kitty.

—Ya veo que no son de la variedad común de los arácnidos —dijo el Sr. Marcus. Podía decirlo con justificación, pues dos de ellas se habían posado en el borde del cuello de Adrian y lo observaban con una bondad apacible imposible de dudar—. ¿No tiene idea de qué son en realidad?

—Ni la más remota —dijo Adrian—. No voy a citar a Hamlet, pero cada día ocurren en el mundo muchas cosas que nadie comprende. Personalmente, creo que fueron atraídas aquí desde algún otro plano o dimensión por la fuerza de mi obsesión. No puedo estar seguro de ello porque no puedo hablar con ellas, pero sí siento que soy responsable de ellas. Y han hecho tanto por mí que no puedo simplemente espantarlas. Sería inhumano.

—Tiene razón, por supuesto —coincidió el Sr. Marcus—. Pero, por otro lado, tampoco puede desentenderse de Kitty. Se encuentra en la posición del hombre que no podía irse pero tampoco podía quedarse.

Adrian asintió con tristeza. —Ahí lo tiene. Sr. Marcus, ¿qué voy a hacer?

Pero el Sr. Marcus, a diferencia del autor Saki que había estado leyendo, no tenía una respuesta instantánea y adecuada.

Y puesto que el día siguiente era el último en Maysville por la temporada y no podía demorarse desempleado en casa de la Sra. Ponder ni siquiera para ayudar a la pareja que se había convertido en sus amigos más queridos, se vio obligado a tomar el tren de las 8:04 hacia St. Louis sin haber descubierto ninguna solución al problema de Adrian.

"Es una pena", pensó el Sr. Marcus cuando se encontraba cerca de Hannibal, Missouri, "que estas cosas nunca parezcan resolverse en la vida cotidiana de forma tan conveniente como en la ficción". Era muy posible que nunca llegara a conocer el desenlace del problema de Adrian y, en el mejor de los casos, tenía un año de espera por delante.

El Sr. Marcus, al final de su cuadragésimo primer año vendiendo novedades a tiendas de curiosidades, regresó de nuevo a Maysville. Pero no inmediatamente a la casa de huéspedes de la Sra. Ponder.

Un Adrian vestido con prosperidad lo recibió en la estación con una camioneta nueva, conservadora pero hermosa. Con Adrian estaba Kitty, todavía ciega pero más encantadora que nunca, y en los brazos de Kitty gorgoteaba su primogénito, un niño llamado Marcus Jay Hall.

De camino a casa de la Sra. Ponder pasaron primero por las oficinas del *Maysville Bugler,* del que Adrian era ahora dueño, y luego por la casa recién financiada de los Hall. Un poco más tarde, Adrian redujo la velocidad del coche para que el Sr. Marcus viera de cerca una valla publicitaria del barrio que anunciaba la excelencia de la propia orquesta de baile de Maysville, un combo de cinco piezas del que Jay Kirby parecía ser tanto el creador como el director. El rostro de Jay, sonriente y seguro, sin rastro de su antigua y agobiante tensión, ocupaba gran parte del cartel. Y era un rostro atractivo.

—Jay es el hombre más popular de Maysville hoy en día —explicó Adrian—. Podría ser alcalde si quisiera, pero prefiere tocar el saxofón.

Un año no había mermado en absoluto la percepción del Sr. Marcus. —¿Quieres decir? —dijo.

—Exactamente —asintió Adrian—. Funcionó muy bien, después de todo. Los peores problemas tienen una forma de solucionarse solos sin demasiada ayuda, ¿lo ha notado? Solo un par de noches después de que usted se fuera, Jay tuvo otro de sus ataques y se despertó con la convicción de que estaba cubierto de arañas. Y lo estaba, y todo el mundo ha sido muy feliz desde entonces.

Era un final bastante aceptable, concedió el Sr. Marcus, pero su opinión privada era que le faltaba imaginación. Saki, estaba seguro, lo habría manejado mejor.